

El sacerdote, esperanza del mundo  
P. Fernando Pascual  
11-6-2009

No hay Eucaristía sin sacerdotes. El Señor no puede caminar con su Pueblo si no se renueva su presencia viva, salvadora, en el altar.

La contemporaneidad de Cristo con cada generación, con cada hombre, sólo es posible si se actualiza, si se revive, el misterio de la Redención a través del gran milagro de la Eucaristía, desde las manos y los labios de un sacerdote.

Allí donde hay un sacerdote, allí donde un cristiano acoge desde la fe y el amor la invitación de Cristo a seguirlo en la Iglesia como ministro, como servidor, como “presbítero”, allí habrá Eucaristía. Gracias a ese sacerdote muchos hombres y mujeres podrán tocar, palpar, sentirse cercanos a Jesús de Nazaret.

Desde esta perspectiva comprendemos la importancia que, para la Iglesia y para todo el género humano, reviste la figura del sacerdote.

Hombre tomado entre los hombres, cristiano entre los cristianos, ministro y servidor para sus hermanos, el sacerdote hace presente la acción de Dios, desde el gran milagro de la encarnación del Hijo, en un mundo que necesita, ayer, hoy, y mientras duren los tiempos, una ayuda para vencer el misterio del pecado, para entrar en la dimensión de la gracia.

Ello es posible por la especial unión que se da entre el sacerdote y el mismo Jesús. La fórmula *sacerdos, alter Christus* (el sacerdote, otro Cristo) recoge una enseñanza constante de la Iglesia y expresa una verdad profunda, experiencial. Esta unión es mucho más visible a través de los sacramentos, en los que el sacerdote actúa *in persona Christi*. Juan Pablo II explicaba el sentido profundo de esta fórmula:

“El sacerdote ofrece el Santo Sacrificio «in persona Christi», lo cual quiere decir más que «en nombre», o también «en vez» de Cristo. «In persona»: es decir, en la identificación específica, sacramental, con el «sumo y eterno Sacerdote», que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie” (Carta apostólica *Dominicae Cenerae*, 24 de febrero de 1980, n. 8; cf. carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 17 de abril de 2003, nn. 29, 52).

Desde la fe, la Iglesia, que nace y vive de la Eucaristía, que se constituye desde los sacramentos y desde la escucha y predicación de la Sagrada Escritura, aprecia cada vocación a la vida sacerdotal como un don particular del Dueño de la viña, como una esperanza y una certeza: continúa la acción divina en el mundo, continúa el “toque” particular de Jesús en cada corazón y en la Iglesia toda.

Por eso cada obispo, cada presbítero, cada bautizado, debe sentir como algo propio la urgencia de promover y de rogar insistentemente por la llegada de nuevos y santos sacerdotes. Lo recuerda la encíclica de Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia* en el n. 31:

“Del carácter central de la Eucaristía en la vida y en el ministerio de los sacerdotes se deriva también su puesto central en la *pastoral de las vocaciones sacerdotales*. Ante todo, porque la plegaria por las vocaciones encuentra en ella la máxima unión con la oración de Cristo sumo y eterno Sacerdote; pero también porque la diligencia y esmero de los sacerdotes en el ministerio eucarístico, unido a la promoción de la participación consciente, activa y fructuosa de los fieles en

la Eucaristía, es un ejemplo eficaz y un incentivo a la respuesta generosa de los jóvenes a la llamada de Dios. Él se sirve a menudo del ejemplo de la caridad pastoral ferviente de un sacerdote para sembrar y desarrollar en el corazón del joven el germen de la llamada al sacerdocio”.

La misión que espera a cada sacerdote coincide con la de Cristo, y exige un acompañamiento formativo esmerado y profundo. Habrá buenos y santos sacerdotes si los llamados a este servicio viven, con sencillez y con amor, el Evangelio completo, auténtico, en su plenitud: caridad, vigilancia, oración, esperanza y entrega sin límites. Junto a la formación espiritual, el joven llamado al sacerdocio, hombre tomado entre los hombres, necesita una formación humana e intelectual muy rica, enraizada en la experiencia milenaria de la Iglesia.

El centro de toda la formación y de toda la experiencia pastoral de los sacerdotes será siempre la Eucaristía. Del sacrificio eucarístico arranca la vida espiritual, una vida espiritual que lleva a ahondar y a profundizar aún más en el misterio del Amor de Dios. Junto al altar, junto al tabernáculo, el sacerdote configura toda su psicología, todo su actuar, con el modo de ser, de pensar, de hablar, de Cristo, Maestro y Pastor, hasta el punto de poder dar, como Jesús, la vida por sus hermanos.

El Papa Benedicto XVI recordaba la importancia de la oración en la vida del sacerdote que quiere configurarse en todo con Cristo.

“El sacerdote que ora mucho, y que ora bien, se va desprendiendo progresivamente de sí mismo y se une cada vez más a Jesús, buen Pastor y Servidor de los hermanos. Al igual que él, también el sacerdote «da su vida» por las ovejas que le han sido encomendadas. Nadie se la quita: él mismo la da, en unión con Cristo Señor, que tiene el poder de dar su vida y el poder de recuperarla no sólo para sí, sino también para sus amigos, unidos a él por el sacramento del Orden. Así, la misma vida de Cristo, Cordero y Pastor, se comunica a toda la grey mediante los ministros consagrados” (Benedicto XVI, 3 de mayo de 2009).

Esa es la experiencia de cada sacerdote que lo ha dado todo. Esa es la experiencia que celebran las comunidades cristianas cuando ven madurar, ven crecer en la entrega, a los sacerdotes. Esa es la experiencia que hace que muchos hombres y mujeres aviven la esperanza ante un hombre aparentemente normal, marcado por sus propias debilidades y carencias, pero que trae al mundo un rayo de luz porque es, simplemente, sacerdote.

Necesitamos reconocer que Dios ha estado grande con su Iglesia. Necesitamos darle gracias por la fidelidad de cada sacerdote y por la energía con la que no deja de invitar, en el amor y en el respeto, a muchos jóvenes para que digan un sí generoso a Cristo y a la Iglesia, en una humanidad que vive con tantas sombras, pero que necesita aferrarse a la esperanza que nace de una certeza: “yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

(Publiqué hace años este artículo, en una versión más larga, como editorial de *Ecclesia. Revista de cultura católica*. Agradezco a la dirección de esta revista el que me haya permitido retocarlo y publicarlo nuevamente).